

LAS CUATRO GRANDES COLUMNAS DEL RECOBRO DEL SEÑOR

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La segunda gran columna: la vida

(2)

El fluir de vida con el ministerio de vida procedente de la espléndida casa de Dios y a favor de ella

Lectura bíblica: Ez. 47:1-12; 2 Co. 3:6; 1 Co. 9:11; 3:6, 9; 4:15; 3:2, 12

- I. Si deseamos participar en el mover máximo y final de Dios, necesitamos experimentar el fluir de vida procedente de la casa de Dios—Ez. 47:1-12:**
- A. El mover máximo y final de Dios es el que se lleva a cabo dentro del hombre con el fin de deificarlo al saturarlo de todo lo que Él es en Su vida, naturaleza, elemento y esencia con miras a la gloria, la expresión, de Dios—2 Co. 3:18; 1 Jn. 3:2.
 - B. El agua fluye por debajo del umbral de la casa—Ez. 47:1:
 - 1. A fin de que el agua fluya, debe haber un umbral, una abertura—cfr. Sal. 81:10.
 - 2. Si nos acercamos más al Señor y tenemos más contacto con Él, habrá una abertura que permitirá que el agua viva fluya desde la iglesia—*Himnos*, #361.
 - C. El fluir corre hacia el oriente—Ez. 47:1:
 - 1. El río de Dios fluye en dirección de la gloria de Dios—cfr. Nm. 2:3; Ez. 43:2.
 - 2. Si todos en la iglesia procuran la gloria de Dios y se preocupan por ella, el agua viva fluirá desde la iglesia—Jn. 7:18; 1 Co. 10:31.
 - D. El agua viva fluye desde el lado derecho de la casa—Ez. 47:1:
 - 1. En la Biblia el lado derecho representa la posición más prominente, el primer lugar—cfr. He. 1:3.
 - 2. El fluir de vida debe tener la preeminencia en nosotros y convertirse en el factor que regula nuestro vivir y nuestra obra—Ap. 22:1; Col. 1:18b.
 - E. El fluir corre por un costado del altar; esto indica que necesitamos que la cruz opere en nosotros y consagrarnos plenamente a fin de disfrutar el fluir de vida—Ez. 47:1.
 - F. A fin de que aumente el fluir de vida, necesitamos ser medidos por el Señor, el hombre de bronce—40:3; 47:2-5; Ap. 1:15; cfr. Jn. 7:37-39:
 - 1. Medir significa examinar, probar, juzgar y poseer—cfr. Is. 6:1-8; cfr. Ez. 42:20.
 - 2. Las cuatro mediciones de mil codos, número que representa una unidad completa (cfr. Sal. 84:10), muestra que nosotros, como criaturas que somos, necesitamos ser exhaustivamente medidos por el Señor, a fin de que Él asuma el control y posea completamente todo nuestro ser—Ez. 47:2-5.
 - 3. Cuanto más le permitamos al Señor que nos examine, nos pruebe y nos juzgue para poseernos, más profundo se hará el fluir; la profundidad del fluir depende de cuánto hayamos sido medidos por el Señor—cfr. 1 Jn. 1:5, 7.

4. Cuanto más somos medidos por el Señor, más somos restringidos y limitados por el fluir de la gracia de vida hasta que finalmente nos perdemos en el fluir del Dios Triuno y somos arrastrados por dicho fluir, el cual es un río donde podemos nadar; en un sentido nosotros perdemos toda nuestra libertad, pero en otro sentido somos verdaderamente libres—Ez. 47:4-6.
- G. El río hace que todo cobre vida—v. 9a:
 1. Adondequiera que el río fluya, todo vivirá y estará lleno de vida.
 2. El fluir del río produce árboles, peces y ganado—vs. 7, 9-10, 12.
- H. El río irriga el desierto y sana el mar Muerto—v. 8:
 1. El río irriga la tierra árida y seca, y sana las aguas de muerte.
 2. Esta irrigación y sanidad tienen como propósito producir vida.
- I. El río no puede sanar los pantanos y lagunas—v. 11:
 1. Una ciénaga o pantano denota un lugar neutral, un lugar que está entre dos lugares, un lugar de transigencia y tibieza—cfr. Ap. 3:15-16.
 2. Por el bien del fluir de vida y por causa de la vida de iglesia, debemos llevar una vida de absoluta entrega.
 3. “Si usted está en el recobro del Señor, entréguese de forma absoluta y no a medias [...] El Señor Jesús desea y requiere una plena consagración [...] Si nos consagramos de forma absoluta, estaremos en el fluir, y el fluir no será un hilito de agua, sino un río donde podremos nadar. Entonces adonde fuere el río, todo vivirá” (*Life-study of Ezekiel* [Estudio-vida de Ezequiel], págs. 311-312).

II. Nuestro disfrute de Cristo como el fluir de vida, como el Espíritu vivificante, nos convierte en aquellos que siembran, plantan, riegan, engendran, alimentan y edifican con el ministerio de vida por el bien del maravilloso edificio orgánico de Dios, la espléndida casa de Dios:

- A. Un ministro competente del nuevo pacto es una persona que ministra vida a otros a fin de ayudarlos a crecer en vida—2 Co. 3:6.
- B. Un ministro de vida es un sembrador que siembra las semillas espirituales:
 1. En 1 Corintios 9:11 Pablo les dice a los corintios: “Nosotros hemos sembrado entre vosotros lo espiritual”; *lo espiritual* se refiere a las semillas espirituales.
 2. Una semilla es un recipiente que contiene vida, y sembrar una semilla espiritual equivale a impartir vida en nuestro espíritu, con nuestro espíritu y desde nuestro espíritu.
 3. El Señor Jesús vino como el Sembrador para sembrarse a Sí mismo como la semilla de vida en el linaje humano—Mt. 13:3, 37.
 4. En el recobro del Señor nosotros, como ministros del nuevo pacto, debemos ser sembradores que imparten vida para cultivar y producir a Cristo en otros.
- C. Un ministro de vida es uno que planta a Cristo en el pueblo de Dios—1 Co. 3:6:
 1. Los creyentes, quienes han sido regenerados en Cristo con la vida de Dios, son la labranza de Dios, el huerto de Dios, en la nueva creación de Dios—v. 9.
 2. A fin de plantar a Cristo en otros, necesitamos tener experiencias genuinas de Cristo como vida en nuestro espíritu.

- D. Un ministro de vida es uno que riega a las personas con Cristo—v. 6:
1. Una vez que plantamos a Cristo en otros, debemos regarlos con el agua de vida—Ap. 22:17.
 2. Podemos comparar a uno que riega en la labranza de Dios con un sistema de irrigación que tiene un embalse que suministra agua a una labranza; debemos ser un “sistema de irrigación” divino con un embalse de agua viva acumulado en nuestro interior a fin de regar a la iglesia como la labranza de Dios.
 3. Necesitamos tener experiencias genuinas de Cristo como el agua de vida y contactarlo de manera viviente, a fin de ser un canal de agua viva, un sistema de irrigación divino, capaz de suministrar a otros el agua de vida—Jn. 4:14; 7:37-39.
- E. Un ministro de vida es uno que engendra, un padre que imparte vida a los hijos que engendra—1 Co. 4:15:
1. Engendrar significa generar hijos espirituales, producirlos, mediante la impartición de vida.
 2. Necesitamos poseer el “germen de vida” divino a fin de impartir a otros la vida divina para que así ellos puedan ser engendrados como hijos de Dios.
- F. Un ministro de vida es uno que alimenta; la alimentación es un asunto relacionado con la vida y difiere de la enseñanza, lo cual está relacionado con el conocimiento:
1. Dar a beber leche o dar de comer es alimentar a otros—3:2.
 2. Lo que el apóstol ministró a los creyentes corintios aparentemente era conocimiento; pero en realidad, era leche (que aún no es alimento sólido), y esto los debió haber nutrido.
 3. La enseñanza sólida de los apóstoles suministra la sana enseñanza como el suministro de vida a otros, ya sea nutriéndolos o sanándolos—1 Ti. 1:10b; 6:3; 2 Ti. 1:13; Tit. 1:9.
- G. Un ministro de vida es uno que edifica con oro, plata y piedras preciosas—1 Co. 3:12:
1. El oro simboliza a Dios el Padre en Su naturaleza divina, la plata simboliza a Cristo en Su obra redentora y las piedras preciosas representan al Espíritu en Su obra transformadora (lo cual está en contraste con la madera, que representa la naturaleza humana; la hierba, que representa el hombre en la carne; y la hojarasca, que representa la ausencia de vida).
 2. Cantar de los cantares muestra un cuadro de la vida apropiada de iglesia, en el cual los santos perfeccionados coordinan con la obra transformadora del Espíritu para perfeccionar a los buscadores de Cristo que le aman al ministrarles al Dios Triuno con miras a su transformación, la cual se efectúa al forjarse en ellos los atributos del Dios Triuno para que lleguen a ser sus virtudes—1:10-11.
 3. Esto redundará en la edificación de la iglesia como el Cuerpo orgánico de Cristo a fin de llevar la Nueva Jerusalén a su consumación con miras a que se lleve a cabo la economía eterna de Dios—1 Co. 3:12; Ap. 21:18-21.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

UN MINISTRO COMPETENTE DEL NUEVO PACTO

Proseguiremos para ver seis estatus de un ministro competente del nuevo pacto según se revelan en 1 Corintios: un sembrador, uno que planta, uno que riega, uno que engendra, uno que alimenta y uno que edifica. Estos seis estatus están relacionados con el asunto de la vida, esto es, con nuestra experiencia y disfrute de Cristo como Espíritu vivificante.

Un sembrador

En 1 Corintios 9:11 Pablo dice a los Corintios: “Nosotros hemos sembrado entre vosotros lo espiritual”. *Lo espiritual* se refiere a las semillas espirituales. Un ministro del nuevo pacto, un ministro del nuevo testamento, siembra semillas espirituales. Lo primero que hace un ministro del nuevo testamento no es transmitir enseñanzas doctrinales, sino sembrar semillas espirituales. Una semilla es un recipiente que contiene vida, y sembrar una semilla equivale a impartir vida. Por lo tanto, sembrar lo espiritual es algo que está relacionado con la vida. Según Mateo 13, el Señor Jesús vino como el Sembrador para sembrarse a Sí mismo como la semilla de vida en el linaje humano (vs. 3, 37). Asimismo, en la obra del Señor de recobrar la vida de iglesia, debemos comprender que no debemos simplemente transmitir conocimiento o doctrinas, sino que más bien debemos sembrar las cosas espirituales. En el recobro del Señor como ministros del nuevo pacto necesitamos ser sembradores que imparten vida a otros.

Ser un sembrador es mucho más difícil que ser un maestro. Para ser un maestro, una persona simplemente necesita asistir a un instituto bíblico donde puede ser adiestrado para ser un buen orador, y no sólo aprender doctrinas bíblicas y las parábolas, sino también cómo usar la voz, contar historias, hablar con elocuencia y usar ciertos ademanes. Sin embargo, para ser un sembrador, uno debe tener semillas de vida que puedan creer y producir a Cristo en otros. Tales semillas espirituales no son simples doctrinas o letras, sino que son algo relacionado con la vida en nuestro espíritu. Son cosas espirituales, cosas que están en nuestro espíritu, con nuestro espíritu y que proceden del mismo. Aprender enseñanzas es fácil, pero obtener estas semillas es muy difícil.

Uno que planta

En 1 Corintios 3:6 Pablo dice: “Yo planté”. Plantar es también algo relacionado con la vida, puesto que implica sembrar semillas, recipientes de vida, o plantar hierbas, plantas o árboles, los cuales son cosas vivas que crecen. El versículo 9 nos dice que nosotros, los que creemos en Cristo, somos “labranza de Dios”, es decir, huerto de Dios. Los creyentes, quienes han sido regenerados en Cristo con la vida de Dios, son la labranza de Dios, el huerto en la nueva creación de Dios. Corporativamente, nosotros, como la iglesia de Dios, tenemos a Cristo plantado en nosotros. A fin de plantar a Cristo en otros, necesitamos tener experiencias genuinas de Cristo como vida en nuestro espíritu. Si crecemos y producimos a Cristo en nuestro interior, tendremos algo de Cristo que plantar en otros. Una vez más, el plantar espiritual no tiene que ver con doctrinas, sino con la vida.

Uno que riega

En 3:6 Pablo continúa diciendo: “Apolos regó”. No sólo debemos ser aquellos que plantan, sino también aquellos que riegan. Una vez que plantamos a Cristo en otros, debemos regarlos con el agua de vida (Ap. 22:17). Día a día debemos regar a los queridos santos, quienes son plantas en la labranza de Dios que necesitan riego. Podemos comparar a uno que riega en la labranza de Dios con un sistema de irrigación que tiene un embalse que suministra agua

a una labranza. Debemos ser un “sistema de irrigación” divino con un embalse de agua viva acumulado en nuestro interior a fin de regar a la iglesia como la labranza de Dios. Necesitamos tener experiencias genuinas de Cristo como el agua de vida y contactarlo de manera viviente. De este modo, tendremos una fuente de vida que bulle en nuestro ser continuamente (Jn. 4:14), y nosotros seremos un canal de agua viva, un sistema de irrigación divino, capaz de suministrar a otros el agua de vida (7:37-39). Necesitamos ser aquellos que riegan, que están llenos del agua de vida y que riegan a otros creyentes para su crecimiento en vida. Si no experimentamos debidamente a Cristo como el agua viva, nos será difícil regar a otros.

Uno que engendra

En 1 Corintios 4:15 Pablo dice: “En Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio”. Engendrar significa generar algo, producir algo, mediante la impartición de vida. Al igual que el apóstol Pablo, quien engendró a los creyentes corintios en Cristo al impartirles la vida divina, nosotros debemos ser padres que engendran hijos espirituales al impartirles a otros la vida divina. Engendrar, a diferencia de enseñar, es un asunto relacionado con la vida. Necesitamos poseer el “germen de vida” divino a fin de impartir a otros la vida divina para que así ellos puedan ser engendrados como hijos de Dios.

Uno que alimenta

Después de engendrar hijos espirituales, debemos alimentarlos con la leche espiritual. Por lo tanto, debemos ser aquellos que alimentan. En 1 Corintios 3:2 Pablo dice: “Os di a beber leche”. Dar a beber leche a otros es alimentarlos. Alimentar es un asunto relacionado con la vida. Difiere de enseñar, lo cual está relacionado con el conocimiento. En lugar de simplemente instruir a otros, debemos alimentarlos. Un ejemplo de esto es la diferencia que hay entre una madre que alimenta a su hijo con la leche que ella produce y otra madre que alimenta a su hijo con la leche que compra en una tienda. Podríamos decir que el primer caso es orgánico y el segundo es artificial. Debemos alimentarnos continuamente de Cristo como el alimento espiritual para poder alimentar a otros. Debemos alimentarnos de Cristo para producir leche espiritual, a fin de poder alimentar a nuestros hijos espirituales. Ésta es una experiencia genuina de Cristo como vida.

A fin de practicar la vida apropiada de iglesia, debemos tener experiencias genuinas de la vida. Muchos cristianos no son capaces de practicar la vida apropiada de iglesia porque no prestan atención a las experiencias de vida. Pablo no solamente era un padre que engendraba hijos espirituales, sino también una madre que los alimentaba. Nosotros necesitamos ser espiritualmente fuertes y saludables para que, al igual que Pablo, podamos engendrar hijos espirituales y producir adecuadamente la leche espiritual para alimentarlos. Quienes llevan la delantera en las iglesias deben ser tales padres y madres. Si los ancianos llegan a ser padres que imparten vida a sus hijos espirituales y madres que producen la leche espiritual para alimentarlos, tendremos una vida familiar apropiada en la iglesia como la familia de Dios (Ef. 2:19). La única manera de practicar la vida de iglesia para que sea una vida familiar apropiada es que tengamos experiencias genuinas de vida.

Uno que edifica

Los ministros del nuevo pacto como sembradores, y aquellos que plantan, riegan, engendran y alimentan deben finalmente llegar a ser aquellos que edifican. En 1 Corintios 3:10-11 Pablo se refiere a sí mismo como “sabio arquitecto” que puso el único fundamento, Cristo, para que otros sobreedifiquen. Luego en el versículo 12 Pablo habla de edificar con oro, plata y piedras preciosas. A medida que llevamos a cabo la obra de sembrar, plantar, regar, engendrar

y alimentar, Cristo crecerá en los creyentes. Este crecimiento de vida en los creyentes irá acompañado de una medida de transformación en ellos. Mientras los creyentes crecen de día en día, serán transformados (2 Co. 3:18; Ro. 12:2). A medida que crecen como plantas en la labranza de Dios, ellos experimentarán la transformación, que produce oro, plata y piedras preciosas. De este modo, los creyentes no sólo serán plantas maduras, esto es, hombres de plena madurez en Cristo (Ap. 14:4, 15; Col. 1:28), sino también oro, plata y piedras preciosas, que son los materiales preciosos útiles para la edificación de la casa de Dios (Ap. 21:2-3, 11, 18-22).

Si queremos ser constructores que edifican con oro, plata y piedras preciosas, debemos ser esos materiales preciosos nosotros mismos. El oro representa la naturaleza divina del Padre, la plata representa la obra redentora de Cristo y las piedras preciosas representan la obra transformadora del Espíritu. Al edificar la casa de Dios, los que edifican no son diferentes de los materiales del edificio. A fin de ser aquellos que edifican, nosotros mismos debemos ser los materiales transformados permitiendo que el Dios Triuno se forje en nuestra constitución. Debemos ser tanto los que edifican como el material de edificación de la casa de Dios. Si nosotros mismos no hemos sido transformados en los materiales preciosos, no podremos ayudar a otros a ser transformados en dichos materiales. Nosotros mismos necesitamos ser los materiales preciosos y ser edificados en la casa de Dios. De este modo, estaremos calificados para edificar la casa de Dios con otros creyentes como los materiales transformados.

Los creyentes como los materiales transformados son producidos a través del crecimiento en vida, y el crecimiento en vida es el resultado de la obra de sembrar, plantar, regar, engendrar y alimentar. A la luz de esto, lo que nosotros necesitamos en la vida de iglesia no es tener simplemente maestros o ayos, sino sembradores y aquellos que plantan, riegan, engendran, alimentan y edifican. En 1 Corintios 4:15 Pablo compara a los ayos con los padres, diciendo: “Aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tenéis muchos padres”. Los ayos dan instrucciones y direcciones, mientras que los padres imparten vida a los que engendran. Es fácil tener ayos, pero es difícil tener padres. El hecho de que hay muchos ayos pero pocos padres nos muestra que los padres son incomparablemente más preciosos que los ayos. En el recobro del Señor necesitamos sembradores y aquellos que plantan, riegan, engendran, alimentan y edifican a fin de que el Señor pueda obtener Su edificio orgánico, la casa de Dios.

Ser un hombre espiritual que ejercita su espíritu

En las iglesias locales muchos ministros del nuevo pacto están realizando la obra de sembrar, plantar, regar, engendrar, alimentar y edificar. A fin de que seamos tales ministros competentes del nuevo pacto, necesitamos recibir las semillas de vida, el agua viva, la vida divina y la leche espiritual. Sólo podemos recibir estas cosas siendo un hombre espiritual que ejercita su espíritu. En 1 Corintios 2:14-15 Pablo declara: “El hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el hombre espiritual juzga todas las cosas”. Un hombre anímico no puede recibir las cosas espirituales, las cosas profundas de Dios relacionadas con Cristo como la porción de los creyentes (v. 10). En vez de ello, las cosas espirituales para el hombre anímico son necedad. Por ejemplo, cuando los hombres espirituales ejercitan su espíritu para invocar el nombre del Señor, el hombre anímico los considera necios. Es imposible recibir algo del Espíritu de Dios si uno es necio. Una persona no puede recibir las semillas espirituales ejercitando su alma —su mente, parte emotiva y voluntad— sin ejercitar su espíritu. Es difícil para nosotros no ser anímicos. En particular, es difícil mantenernos alejados de la influencia de nuestra mente. Un hombre anímico se considera

inteligente, por lo cual vive en su mente. Una persona así jamás podrá entender las cosas espirituales, porque para él todas las cosas del Espíritu de Dios son necedad. Sin embargo, a fin de recibir la semilla, el agua, la vida y la leche espirituales, necesitamos estar en nuestro espíritu. Debemos temer vivir en nuestra mente, y volvernos de nuestra mente a nuestro espíritu. Debido a que los apóstoles, quienes eran hombres espirituales, habían renunciado a su sabiduría humana y ejercitaban su espíritu por causa de Cristo, ellos eran “necios por amor de Cristo” (3:1; 4:10). Asimismo, en la vida de iglesia debemos estar dispuestos a ser “necios” por amor de Cristo, volviéndonos de nuestra mente a nuestro espíritu y llegando a ser personas que viven en el espíritu.

Disfrutar al Señor como Espíritu vivificante

Podemos recibir las cosas del Espíritu de Dios, las cosas profundas de Dios en cuanto a Cristo, al llegar a ser hombres espirituales, hombres que ejercitan su espíritu. En 1 Corintios se nos revelan muchos aspectos de las riquezas del Cristo todo-inclusivo. Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios como nuestra justicia con respecto a nuestro pasado, nuestra santificación con respecto a nuestro presente y nuestra redención con respecto a nuestro futuro (1:24, 30). Vemos que Él también es las cosas profundas de Dios (2:10) y el único fundamento del edificio de Dios (3:11). Él es nuestra Pascua (5:7), el pan sin levadura (v. 8), la comida espiritual, la bebida espiritual y la roca espiritual (10:3-4). Él es la Cabeza (11:3) y el Cuerpo (12:12). Él es las primicias (15:20, 23), el segundo hombre (v. 47) y el postrer Adán (v. 45b). Como las primicias, el segundo hombre y el postrer Adán, Él es el primero, el segundo y el último; como tal, Él lo es todo. Por último, Él es el Espíritu vivificante (v. 45b).

Si Cristo no fuera el Espíritu vivificante, no podría ser poder ni sabiduría para nosotros. Tampoco podría ser nuestra justicia con respecto a nuestro pasado, nuestra santificación con respecto a nuestro presente ni nuestra redención con respecto a nuestro futuro. Si Él no fuera el Espíritu vivificante, ¿cómo Él podría ser las cosas profundas de Dios para nosotros? ¿Cómo Él podría ser la roca espiritual que no sólo nos sigue, sino que además mora en nosotros (2 Co. 13:5)? Todos los aspectos de las riquezas de Cristo que se revelan en 1 Corintios se hallan corporificados en Cristo como el Espíritu vivificante. A fin de que pudiésemos experimentar a Cristo en todos estos aspectos, Cristo tenía que llegar a ser el Espíritu vivificante para que dichos aspectos de Sus riquezas pudieran ser reales, aplicables y prevalecientes en nuestra experiencia. Hoy en día Cristo no es una religión, un formalismo, una enseñanza ni un ritual; Él es el Espíritu vivificante. Cuanto más ejercitemos nuestro espíritu, más seremos llenos de Cristo como el Espíritu vivificante.

No solamente Cristo es el Espíritu vivificante, sino que también nosotros somos un solo espíritu con Él. En 1 Corintios 6:17 Pablo declara: “El que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Todo lo que Cristo es, se halla en el Espíritu vivificante, y nosotros estamos unidos a Él como un solo espíritu, no como un solo corazón, una sola alma o una sola mente. Por lo tanto, a fin de disfrutar todas las riquezas de Cristo, tenemos que ejercitar nuestro espíritu y ser personas que viven en el espíritu, no personas que viven en el alma. Puesto que estamos unidos a Cristo como un solo espíritu, podemos disfrutarlo a Él comiéndolo, bebiéndolo e inhalándolo (Jn. 6:57; 7:37-39; 20:22). En 1 Corintios 10:3-4 Pablo habla de Cristo como nuestra comida espiritual y bebida espiritual, diciendo: “Todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”. En 12:13 Pablo dice que “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Ahora que somos un solo espíritu con Cristo, debemos ejercitar nuestro espíritu para alimentarnos de Él y beber de Él a fin de disfrutarlo.

Invocar el nombre del Señor para disfrutarlo como el Espíritu

Podemos ejercitar nuestro espíritu para disfrutar al Señor invocando Su nombre. Al comienzo de 1 Corintios, Pablo dice: “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, los santos llamados, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (v. 2). La palabra griega traducida “invocan” es *epikaleo*. Esta palabra se compone *epi*, que significa “sobre”, y *kaleo*, que significa “llamar por nombre”; es decir, llamar audiblemente, e incluso en voz alta (Hch. 7:59-60). Invocar el nombre del Señor no consiste en orar silenciosamente, sino en llamar al Señor audiblemente (Lm. 3:55-56; Is. 12:2-6). Podemos invocar el nombre del Señor diciendo: “Oh, Señor Jesús”. Si ponemos en práctica el invocar el nombre del Señor audiblemente e incluso en voz alta, en vez de orar silenciosamente o en voz baja, podremos testificar que esta clase de invocar produce un tremendo cambio en nuestro disfrute de Cristo.

En 1 Corintios 12:3 Pablo dice: “Nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino en el Espíritu Santo”. La traducción literal de la expresión griega *Jesús es Señor* es “Señor Jesús”. Cuando decimos con un espíritu apropiado: “Señor Jesús”, estamos en el Espíritu Santo. Cuando abrimos nuestro ser al Señor, ejercitamos nuestro espíritu y decimos: “Señor Jesús”, estamos en nuestro espíritu y en el Espíritu Santo. Es al invocar el nombre del Señor que le comemos, bebemos e inhalamos a fin de disfrutarle. Si todos los que estamos en las iglesias locales disfrutamos al Señor de esta manera, llegaremos a ser no sólo sembradores y aquellos que plantan, riegan, engendran (padres), alimentan (madres) y edifican, sino también los materiales preciosos como son el oro, la plata y las piedras preciosas con miras a la edificación de la morada de Dios en la tierra. De este modo, en la constitución intrínseca de nuestro ser llegaremos a ser el maravilloso edificio orgánico de Dios, la espléndida casa de Dios. En esto consiste la vida apropiada de iglesia. (*The Collected Works of Witness Lee, 1970* [Recopilación de las obras de Witness Lee, 1970], t. 1, págs. 577-583)